

AGUA - LUGAR

CAPÍTULO 18.º

Las *aguas* ocuparon la parte inferior y superior del mundo, es decir, cada uno de sus extremos, como está escrito: **Hágase el firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas; e hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban sobre el firmamento** (Gén 1,6-7). La bóveda del cielo, en forma de arco, encierra sólo las aguas superiores; qué otra cosa contenga o produzca, no lo tenemos por seguro. Así lo canta el Salmista: **Que extiende los cielos como una tienda, que construye sus altas moradas sobre las aguas** (Sal 104,2-3). Mas las aguas inferiores, que ocupaban el lugar extremo, fueron retiradas de los promontorios de la tierra, como está escrito: **El abismo, como cobertura, su vestido; sobre los montes estaban las aguas; a un mandato tuyo, huirán; a la voz de tu trueno, tendrán horror; suben los montes, descienden los campos al lugar que les asignaste; pusiste un límite que no traspasarán, para que no vuelvan a cubrir la tierra** (Sal 104,6-9). Y en otro Salmo: **Que afianzó la tierra sobre las aguas** (Sal 136,6); **A semejanza de todos los animales que están sobre la tierra, o de las aves que vuelan bajo el cielo..., o de los peces que bajo la tierra se mueven en las aguas** (Dt 4,17-18); y de nuevo: **Lo que está abajo en la tierra, ni lo que habita en las aguas debajo de la tierra** (Dt 5,8). La tierra, por tanto, se eleva por encima del agua, en la parte en que es habitable. Por su parte, las aguas ocupan el lugar inferior de la tierra, y tratan siempre de alcanzarlo.

Pero es el agua lugar idóneo para producir y criar el más variado género¹ de seres vivos, los cuales reciben el nombre común de reptil. Éste se divide en dos amplísimos géneros: el primero, sólo de alma viviente; el segundo, de alma viviente y también movable. Pues dijo Dios: **Produzcan las aguas reptil de alma viviente y movable sobre la tierra, bajo el firmamento del cielo; y creó Dios los grandes cetáceos y toda alma viviente y movable, que las aguas habían producido según sus especies...; y vio Dios que era bueno; y las bendijo Dios diciendo: creced y multiplicaos y llenad las aguas del mar** (Gén 1,20-22). Por esta razón, es el agua el lugar donde abundan² y se multiplican estos géneros, como está escrito: **Éste es el mar grande y ancho, en él los reptiles, de los cuales no hay número, animales pequeños con los grandes** (Sal 104,25). De ambos géneros, viviente y movable, está también escrito: **Los que se reproducen en las aguas..., y los que se mueven en las aguas** (Lev 11,9-10). Y en Daniel: **Cetáceos y todo lo que se mueve en las aguas, bendecid al Señor** (Dan 3,79). Y así, para estos géneros, el agua es lugar del todo idóneo y único, tanto para conservar la vida, cuanto para propagarla. Leemos, en efecto: **He aquí que con mi reprensión haré que el mar se seque; convertiré los ríos en desierto hasta que se pudran sus peces y se mueran de sed por falta de agua** (Is 50,2).

Pero, exceptuando el género de los peces y reptiles, los restantes seres vivos no pueden vivir y permanecer en el agua, pues resulta para ellos tan peligroso que incluso llega a causarles la muerte. Esto es así, sobre todo, para el hombre, pero también para todos los demás seres vivos que necesitan respirar el aire para vivir, como está escrito: **Yo traeré las aguas del diluvio sobre la tierra, para destruir toda carne en que hay aliento de vida bajo del cielo; y todo lo que hay en la tierra perecerá** (Gén 6,17); **Quince codos fue más alta el agua sobre los montes que había cubierto; y pereció toda carne que se mueve sobre la tierra: aves, ganados, bestias, y todos los reptiles que reptan sobre la tierra, todos los hombres ser humano, y todo lo que en la tierra respira pereció** (Gén 7,20-22).

Pero el agua no es sólo un lugar inapropiado³ para que el hombre pueda vivir, sino también para caminar⁴; sobre todo, cuando no se la puede vadear a pie. Ambas naturalezas, en efecto, son

¹Fecundidad.

²Abundancia.

³Inconveniencia.

⁴Ambulación inconveniente.

incompatibles. Por esta razón, para que el hombre pudiera caminar sobre este elemento, fue necesario que un mandato divino hiciera que las aguas retrocedieran o se apartasen; o, de manera más portentosa aún, se sometiesen y se endureciesen, como si de una calzada se tratara; o que el poder de Dios impidiera que el cuerpo del hombre llegara a hundirse, como está escrito: **Y al extender Moisés la mano sobre el mar, el Señor lo arrastró consigo..., y el agua fue dividida; y entraron los hijos de Israel por medio del mar seco** (Éx 14,21-22); **Y al extender Moisés su mano sobre el mar, al amanecer, regresó a su lugar anterior, y las aguas alcanzaron a los egipcios en fuga; y los ahogó el Señor en medio de las olas** (Éx 14,27); **¿Qué tienes mar, que huyes; o tú, Jordán, que te echas atrás?** (Sal 114,5). Responden: **De la presencia del Señor** (Sal 114,7). Y es que, a excepción de los seres que se mueven nadando, a ningún otro viviente quiso Dios que las aguas se le sometieran, para que pudiera caminar sobre ellas.

Pero Él reivindica también para sí este camino, junto con todos los demás lugares: el cielo, la tierra y el aire. Así está escrito: **En el mar, tu camino; y tus sendas, en las aguas caudalosas** (Sal 77,20). Por esta razón, Cristo dio a sus discípulos prueba de su poder divino, cuando apareció caminando sobre las aguas, y cuando, con el solo mandato de la palabra, concedió la misma facultad a Pedro, al pedirselo éste con motivo de aquel hecho milagroso, como está escrito: **Y a la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue a ellos caminando sobre el mar; pero cuando lo vieron caminando sobre el mar, se asustaron diciendo que era un fantasma; y gritaron de miedo; en seguida Jesús les habló diciendo: ¡tened confianza, soy yo! ¡no temáis!; pero le respondió Pedro y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas; y él dijo: ven; y descendiendo Pedro de la barca, caminaba sobre las aguas, para ir hacia Jesús... los que estaban en la barca vinieron y se postraron diciendo: verdaderamente eres el Hijo de Dios** (Mt 14,25-29.33).

El agua, en efecto, no puede sostener los cuerpos pesados y densos, ya que fácilmente, repartiéndose, cede bajo naturalezas de este tipo, a no ser que, por algún arte o industria, las cosas se adapten a este uso, como está escrito: **Los abismos los cubrieron; descendieron a lo profundo como piedra** (Éx 15,5); **Los cubrió el mar; se hundieron como plomo en las aguas poderosas** (Éx 15,10). Es, por ello, muestra de que se está en presencia de un milagro⁵, cuando estos cuerpos sólidos y densos, que tienen en sí poco calor y porosidad, arrojados al agua, quedan flotando. Tal es el caso del *hacha de hierro, que Eliseo restituyó a un compañero* (cf. 2Re 6,1-7).

Por lo demás, este lugar proporciona grandes ventajas⁶ para beneficio de los hombres, ventajas que se pueden obtener con aplicación, habilidad y destreza. En primer lugar, dado que las clases de peces son tan numerosas, proporciona un excelente, variado y muy delicioso alimento, sin ninguna clase de costo, cultivo o esfuerzo, excepto el que supone la captura, como está escrito: **Todos los peces del mar son entregados en vuestras manos; todo lo que se mueve y vive os servirá de alimento; como os di la hierba verde para alimento** (Gén 9,2-3); **Comeréis de todas las cosas que se mueven en las aguas** (Dt 14,9).

El agua es también el lugar ideal para la navegación⁷. Esta práctica, además de suponer un admirable ejercicio de destreza, saber y habilidad, reporta muchas ventajas al hombre, ya como utilidad, ya como recreación del espíritu. Y las aguas, que no pueden tolerar que el hombre las habite, transportan al que, sentado, las surca, con el gobierno del timón, como está escrito: **Y se multiplicaron las aguas y elevaron el arca sobre la tierra y el arca marchaba sobre las aguas..., y aniquilaron las aguas toda sustancia que había sobre la tierra, desde el hombre hasta el ganado, tanto los reptiles como las aves del cielo, y fueron borradas de la tierra; quedó solo Noé y los que con él estaban en el arca** (Gén 7,17-23); **Los que bajan en naves por el mar, maniobrando en aguas caudalosas; ellos vieron las obras del Señor, sus maravillas en lo profundo** (Sal 107,23-24).

⁵Milagros.

⁶Ventajas.

⁷Navegación.

Pero la navegación no debe servir sólo para que los hombres contemplan con deleite las obras de Dios, ni para establecer intercambios comerciales o viajar, sino también para pescar peces de manera abundante: **La que envía por el mar embajadores y en navíos de junco sobre las aguas** (Is 18,2); **Los que extienden la red sobre la superficie de las aguas** (Is 19,8). Mas también aquí encontramos testimonio de la divina providencia para con los hombres, como está escrito: **Por tu palabra echaré la red** (Lc 5,5).

El agua, además, refleja a los hombres la visión y conocimiento de sí mismos, haciendo las veces de un espejo⁸ natural, como está escrito: **Como en las aguas se refleja el rostro de los que miran**, etc. (Prov 27,19).

Muchas clases de plantas, así como de otras cosas, gustan del agua, porque, gracias a tan beneficioso lugar⁹, son de natural más hermoso y de fruto más abundante: **¿Puede estar verde el papiro sin cenagal o el junco crecer sin las aguas?** (Job 8,11); **Tomó de la simiente de la tierra y lo plantó en la tierra como semilla, para que afianzara las raíces sobre las aguas abundantes** (Ez 17,5); **Tu madre, como viña en tu sangre plantada sobre el agua, y sus ramos se han elevado por las muchas aguas** (Ez 19,10).

Tienen también las aguas otro significado (y éste mucho más profundo) relativo a la expiación¹⁰ y a la pureza. Halla su razón en que la naturaleza del agua viva hace que se conserve puro el propio lugar donde se contiene, como está escrito: **Toda reunión de aguas es limpia** (Lev 11,36); **La purificará tanto en la sangre de los pájaros como en las aguas vivas** (Lev 14,52). Por esta razón, para significar o procurar la expiación, en el lenguaje arcano, suele mencionarse un lugar donde hay agua: **Estaba Juan bautizando en Ainón, cerca de Salim, porque había allí mucha agua, y los que venían se bautizaban** (Jn 3,23); **Y mientras caminaban, llegaron a cierta agua, y dice el eunuco: he aquí agua; ¿quién prohíbe que yo sea bautizado?** (Hch 8,36).

Finalmente, este lugar es objeto de las mayores alabanzas, no sólo porque las aguas acogieron a Moisés, aquel príncipe sumo entre los profetas antiguos, sino porque lo devolvieron salvo e incólume de una situación de muerte y acrecentaron, después, la celebridad de su nombre por todos los siglos: **Y lo llamó Moisés, diciendo: porque del agua lo tomé** (Éx 2,10).

Pero sucede, no rara vez, que este lugar, que —como hemos dicho— proporciona grandes beneficios a los hombres (ya sea porque éstos usen de su destreza y habilidad, ya sea porque Dios se los regale), cuando aparece impetuosa y torrencial, viene a considerarse no sólo no provechosa, sino perjudicial y calamitosa; temida, como se teme al mayor de los peligros¹¹, y contada entre los desastres más grandes, ante los que hay que implorar la misericordia y la salvación divinas. Responde a este significado los siguientes ejemplos: **Envió desde el cielo y me tomó; me sacó de las aguas caudalosas** (2Sam 22,17); **Atravesamos por fuego y agua; y nos sacaste para consuelo** (Sal 66,12); **Me rodearon las aguas** (Jon 2,6); **Librame de las profundidades de las aguas** (Sal 69,15); **Sálvame, Señor, porque las aguas han entrado hasta mi alma** (Sal 69,2); **Nuestra alma atravesará el torrente, quizá nuestra alma habría atravesado el agua insoportable** (Sal 124,5); **Quebraste las cabezas de los dragones en las aguas..., secaste los ríos de Etán** (Sal 74,13-15); **Los llevó por el mar Rojo y los hizo pasar por aguas caudalosas; pero a sus enemigos los sumergió en el mar** (Sab 10,18-19); **Cuando atraveses las aguas, estaré contigo** (Is 43,2). El siguiente ejemplo tiene el significado de un peligro evidente: **Lo lanza frecuentemente al agua** (Mt 17,14).

Indica, finalmente, desolación y exterminio: **Los pondrá en medio de las aguas** (Ez 26,12); **Por aguas caudalosas te llevaron tus remeros** (Ez 27,26).

⁸Espejo.

⁹Conveniencia.

¹⁰Expiación.

¹¹Peligro.

Existen algunos otros casos en que las aguas como lugar adquieren el significado de inestabilidad¹² e inconstancia, o de una prosperidad rápidamente decreciente y pasajera: **Te herirá el Señor, Dios de Israel, como una caña suele agitarse en el agua** (1Re 14,15); **Samaría hizo pasar a su rey, como espuma sobre la superficie del agua** (Os 10,7).

NUBES - LUGAR
[נֶבֶל - νεφέλη - *nubes*]

CAPÍTULO 19.º

Sobre la naturaleza, efectos, beneficios de las nubes, y cuantas cosas tengan que ver con ello, en otro momento tendremos ocasión de tratar. Ahora hablaremos brevemente sobre la nube, en cuanto a su consideración como lugar.

Al principio, aparece, colocado sobre las nubes, un signo certísimo de la clemencia divina¹³, que hizo concebir a los hombres la esperanza de que, mientras durara la máquina de este mundo, la tierra no sería devastada otra vez por las aguas, después de aquel antiguo diluvio. En efecto, **Dijo Dios: éste es el signo de la alianza entre yo y vosotros y para toda alma viviente, que está con vosotros en generaciones por siempre; podré mi arco en las nubes del cielo y será signo entre yo y la tierra; y cuando yo ensombrezca el cielo con las nubes, aparecerá mi arco en las nubes y recordaré mi alianza con vosotros y con toda alma viviente que vivifica la carne**, etc. (Gén 9,12-15). Son, pues, las nubes escenario constante de la clemencia divina.

Las nubes, además, como lugar que media entre el cielo y la tierra, suelen ser, a veces, sede desde donde Dios actúa y habla, de manera más cercana y familiar, con los hombres, o desde donde con más evidencia muestra su solicitud y gobierno para con las cosas de los hombres. Hasta ellas baja Él para que se le conozca, y desde este lugar superior, a donde el mortal no puede llegar, manifiesta su majestad, para que se le contemple y adore: **Y mientras hablaba Aarón a toda la asamblea de los hijos de Israel, miraron hacia el desierto, y he aquí que la gloria del Señor apareció en la nube** (Éx 16,10); **Y cuando Moisés llevó al Señor las palabras del pueblo, dijo el Señor: desde ahora vendré a ti en la densidad de una nube, para que el pueblo me oiga hablando contigo y te crea para siempre** (Éx 19,8-9); **Di a tu hermano Aarón que no entre en todo tiempo en el lugar santo detrás del velo, delante del propiciatorio, con el que se cubre el arca, no sea que muera; porque yo apareceré en la nube sobre el oráculo** (Lev 16,2).

Y, así, después del cielo, que es la sede suma en la que Dios habita, a la nube se la suele considerar como sede segunda. También se la llama carro¹⁴, o recibe otro nombre. De aquí se entiende con claridad la expresión *nube del Señor*: **También la nube del Señor estaba sobre ellos, durante el día, cuando avanzaban** (Núm 10,35); **También la nube del Señor se alzaba durante el día sobre el tabernáculo y el fuego durante la noche** (Éx 40,36); **Y bajó el Señor por medio de la nube y le habló** (Núm 11,25).

Ahora bien, dado que la capacidad de visión del hombre es muy limitada, de manera que no puede soportar la intensidad de una luz mayor y de una gloria más esplendorosa, ni le está permitido intentar experimentarla, éste es el lugar de la actuación de Dios con los mortales, como está escrito: **La nube es su escondrijo** (Job 22,14); **La nube y la oscuridad a su alrededor** (Sal 97,2); **Que pones las nubes como tu subida** (Sal 104,3); **Mi trono en la columna de nube** (Sir 24,7); **He aquí que el Señor ascenderá sobre una ligera nube y entrará en Egipto** (Is 19,1).

¹²Inestabilidad.

¹³Clemencia de Dios.

¹⁴Carro de Dios.

Con todo, las nubes son, con frecuencia, no sólo el lugar donde suele contemplarse la admirable presencia de Dios, sino también su acción, su poder y su gloria: **Por el fulgor de su presencia se deshicieron las nubes** (Sal 18,13); **Agua tenebrosa en las nubes del aire** (Sal 18,12); **He aquí que dará su voz, una voz de poder; dad gloria a Dios; sobre Israel, su magnificencia y su poder en las nubes** (Sal 76,34-35). En efecto, desde este lugar, por mandato y voluntad de Dios, son enviados a la tierra los relámpagos, los rayos, el rocío, la lluvia y la tormenta, como está escrito: **Si quisiera extender las nubes como tienda suya y fulgurar con su luz desde arriba, cubriría también los extremos del mar** (Sal 76,34-35); **Puso tinieblas a su alrededor como escondrijo, cribando las aguas desde las nubes de los cielos** (2Sam 22,12); **El que encierra las aguas en sus nubes para que no se precipiten a la vez desde arriba** (Job 26,8); **El que detiene las gotas de lluvia y derrama aguaceros modo de torbellino, que fluyen de las nubes, que todo lo cubre por encima** (Job 36,27-28).

Por todo ello, este lugar, tanto por su dignidad como eficiencia, corresponde propia y únicamente a Dios. Ningún otro ser puede compartirlo o desearlo, a no ser que esté movido por la ambición o la soberbia, como está escrito de la impía y temeraria acción que emprendiera el soberbio Lucifer: **Ascenderé sobre la multitud de las nubes y seré semejante al Altísimo** (Is 14,14); **Porque, ¿quién en las nubes se comparará al Señor? ¿Quién le será igual?** (Sal 89,7).

Este significado se conservó entre los antiguos y entre los que conocían a fondo las cosas sagradas. De aquí que los mismos evangelistas y otros autores suelen mostrar la divinidad de Jesucristo con argumentos de esta clase: **He aquí que una nube luminosa los cubrió; y una voz de la nube, diciendo: éste es mi Hijo amado en quien me he complacido; oídle** (Mt 17,5). Y está escrito que los apóstoles, al entrar Cristo, Moisés y Elías en la nube, *se llenaron de gran temor, y que Jesús, a quien se le llamó Hijo (mientras se oía la voz), se encontró solo* (cf. Lc 9,35-36). Leemos, después, que fue elevado al Padre, al cielo, a la vista de los apóstoles, *y sustraído finalmente de sus ojos por una nube* (cf. Hch 1,9). Los discípulos le oyeron también decir que había recibido del Padre el encargo de juzgar a vivos y muertos: **Y verán al Hijo del hombre venir en las nubes del cielo con gran poder y majestad** (Mt 24,30). Esto fue lo que hizo comprender al sumo sacerdote y a los demás de su colegio, buenos conocedores del lenguaje sagrado, que Jesús, al proclamarse Hijo del hombre, se declaraba, al mismo tiempo, Hijo de Dios y Juez de los hombres: **En adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo en las nubes del cielo; entonces, el príncipe de los sacerdotes se rasgó sus vestiduras diciendo: ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos ya de más testigos?; he aquí que ahora habéis oído la blasfemia** (Mt 26,64-65). Y Lucas dice: **Dijeron todos: entonces, ¿eres Hijo de Dios?** (Lc 22,70). Y Juan: **Y miré, y he aquí una nube blanca, y sentado sobre la nube uno semejante a un Hijo de hombre; salió del templo otro ángel clamando con gran voz al que estaba sentado en la nube; y el que estaba sentado sobre la nube lanzó su hoz sobre la tierra, y la tierra fue segada** (Apc 14,14-16). Éste es el sentido de aquellas palabras de Pablo, que anunciaban el gran misterio de los que habían sido hecho miembros vivos de Cristo, signo de la participación en la divinidad por la gracia que viene de lo Alto: **Esto es lo que os digo en la palabra del Señor: que nosotros los que vivimos, los que hemos quedado en la venida del Señor, no aventajaremos a los que durmieron, porque el mismo Señor, a un mandato y a la voz del arcángel y a la trompeta de Dios, bajará del cielo; y los muertos, que están en Cristo, resurgirán los primeros; después, nosotros, los que vivimos, los que hemos quedado, seremos arrebatados al mismo tiempo con ellos en las nubes al encuentro de Cristo, en el aire, y así estaremos siempre con el Señor** (1Tes 4,15-17).

Terminemos aludiendo a un significado más corriente y casi común a todas las lenguas. En efecto, por su naturaleza y situación, las nubes se presentan como signo de toda excelencia y forma suprema del asunto de que se trate: **Porque hasta el cielo ha llegado su juicio y hasta las nubes se ha elevado** (Jer 51,9); **Señor, en el cielo tu misericordia, y tu verdad hasta las nubes** (Sal 36,6); **Si subiera hasta el cielo su soberbia y su cabeza tocara las nubes** (Job 20,6).

FUEGO - LUGAR

[ψῆς - πῦρ - *ignis*]

CAPÍTULO 20.º

También el fuego (en la medida, naturalmente, en que puede ser considerado un lugar) tiene que ver con esto. Otra será, sin embargo, la disquisición sobre su naturaleza y poder. No precisamos ningún lugar concreto para el fuego, sino que al mismo lo definimos como lugar. Y así como su poder es siempre variado y poderoso, igualmente variado es el provecho que de él obtienen las cosas y las personas.

En primer lugar, la naturaleza del fuego, la más pura de los cuerpos que existen bajo el cielo, es trono¹⁵ y lugar apropiado, para que Dios se muestre a los hombres a fin de ser adorado y temido, puesto que es signo de su poder purísimo y todopoderoso. Así, **Dios se apareció a Moisés en una llama de fuego en medio de la zarza, y veía que el fuego ardía y no se consumía** (Éx 3,2); **El Señor iba delante de ellos; de día, en una columna de nube, para guiarlos por el camino; y de noche, en una columna de fuego** (Éx 13,21); **El Señor miró el ejército de los egipcios desde la columna de fuego y de nube, y sembró la confusión en su ejército** (Éx 14,24); **Todo el monte Sinaí humeaba, porque el Señor había descendido sobre él en el fuego** (Éx 19,18); **También la nube del Señor se alzaba durante el día sobre el tabernáculo, y el fuego durante la noche, a la vista de todo el pueblo de Israel, durante todas sus estancias** (Éx 40,36). También a Ezequiel le fue mostrada una representación de la majestad divina mediante una escena parecida: **Miré, y he aquí que un viento huracanado venía del norte, una gran nube con fuego fulgurante y un resplandor a su alrededor, y en su centro, algo como metal refulgente en medio del fuego** (Ez 1,4). Y Daniel miraba, **Mientras eran colocados los tronos, y se sentó el anciano de los días; su vestidura era blanca como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana pura, su trono, llamas de fuego, sus ruedas, fuego encendido** (Dan 7,9). Y Moisés, orando a Dios, decía: **Para que oigan los egipcios de en medio de los cuales sacaste tú a este pueblo, y los habitantes de esta tierra, que oyeron que tú estás, Señor, en este pueblo, y que eres visto cara a cara, y que tu nube los protege, y en la columna de nube los precedes por el día, y en la columna de fuego por la noche** (Núm 14,13-14). Y en otro lugar dice lo mismo: **Os acercasteis a los pies del monte, que ardía hasta el cielo; y estaban en él las tinieblas y las nubes y la oscuridad; y os habló Dios de en medio del fuego** (Dt 4,11-12); **¿Qué es toda carne para oír la voz del Dios viviente, que habla de en medio del fuego, como nosotros hemos oído?** (Dt 5,26); **Pues hemos oído su voz de en medio del fuego** (Dt 5,24). Por ello, se pone fuego en los altares, como signo de la presencia de Dios. Así está escrito: **Presentaréis al Señor un sacrificio en fuego** (Lev 23,8); **Así, pues, el día en que fue erigido el tabernáculo, la nube lo cubrió; desde el atardecer estaba sobre la tienda como una apariencia de fuego, hasta la mañana; así sucedía continuamente; durante el día, lo cubría la nube; y la apariencia de fuego, de noche** (Núm 9,15-16).

Además de ser lugar de la dignidad de la majestad divina, que, al ser purísima, puede habitar la región pura del fuego sin sufrir daño ni deterioro alguno, el fuego es también lugar para otras cosas y personas, ya sean éstas malas ya sean buenas. Hay, sin embargo, una diferencia: para las que son buenas, el fuego supone prueba y purificación; para las malas, muerte y destrucción. Ejemplo de esto anterior se toma del oro, de la plata y de otras cosas. Aplicado, después, a los hombres, a sus proyectos, deseos y acciones, permite comprender que el fuego es para unos motivo de peligro y destrucción; para otros, en un primer momento, ciertamente de sufrimientos y de penas; pero de esplendor y gloria, después.

Para confirmar lo que acabamos de decir, de entre los muchos ejemplos que se leen en los libros sagrados, pongamos algunos de una y otra clase: **Pero él supo mi camino y me probó como oro que pasa por el fuego** (Job 23,10); **Las palabras del Señor son palabras puras; plata examinada a fuego, probada a tierra, siete veces purgada** (Sal 12,7); **Porque en el fuego son probados el oro y la plata;**

¹⁵Trono de Dios.

pero los hombres aceptos, en el horno de la humillación (Sir 2,5). Y en Zacarías: **Meteré la tercera parte en el fuego, los refinaré como se refina la plata, y los probaré como se prueba el oro** (Zac 13,9). En este sentido hay que interpretar el siguiente versículo: **Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego** (Mt 3,11). Y también este otro, cuya significación es sobremanera arcana y profunda: **Sin embargo, si sobre este fundamento alguno edifica oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada uno se hará evidente; porque el día la dará a conocer, pues con fuego será revelada; el fuego probará cuál sea la obra de cada uno** (1Cor 3,12-13). Y, así, el fuego, para las cosas, acciones y personas buenas no es causa de destrucción, sino agente de prueba y de gloria, porque la bondad y la virtud son una irradiación de la luz y perfección divinas. Hemos mostrado, en efecto, que una de las sedes de Dios es el fuego. Por consiguiente, el fuego casa bien con la virtud, en cuanto que —como está escrito— la prueba y purifica (cf. 1Pe 1,7).

Por el contrario, para todas las demás cosas superfluas y despreciables, el fuego, en cuanto lugar, se acomoda, por su misma naturaleza y por disposición de Dios, a la muerte y a la destrucción. Como Pablo, que, en la isla de Malta, *arrojó al fuego a una víbora venenosa*, alimaña que, si no era buena para él, podía ser mortal para otros (cf. Hch 28,5). Así, todas aquellas cosas inservibles y malas son entregadas al fuego de destrucción, como causa de pena. Por ello, también el fuego eterno, del que se hace frecuente mención en los libros sagrados, está preparado, desde la fundación del mundo, para el diablo y sus ángeles y para los hombres malditos (cf. Mt 25,41). De ello, pues, viene a resultar que el fuego, ya sea el fuego eterno, ya el que en ocasiones usan los mortales, tiene el significado de pena y suplicio, como está escrito: **Los arrojarás al fuego; en las desgracias no se levantarán** (Sal 140,11); **Porque he aquí que el Señor vendrá en el fuego y sus cuadrigas como torbellino, para descargar con furor su indignación** (Is 66,15); **Porque el Señor juzgará en el fuego** (Is 66,16); **Ya el hacha está colocada a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego** (Lc 3,9).

Semejantes a éstos son aquellos pasajes en los que, con el fuego, se significa una situación extremadamente crítica, un sufrimiento grande o una dificultad evidente, cosas éstas que, sin el auxilio divino, los hombres no podrían vencer: **Señor, ten misericordia de mi hijo, porque es epiléptico y sufre terriblemente, pues muchas veces cae en el fuego** (Mt 17,14); **Atravesamos por fuego y agua; y nos sacaste para consuelo** (Sal 66,12); **Cuando camines en el fuego, no te abrasarás; la llama no prenderá en ti, porque yo soy el Señor, tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador** (Is 43,2-3); **De la opresión de la llama que me ha rodeado, y de en medio del fuego que yo no he encendido** (Sir 51,6). Pero es en Daniel donde encontramos el ejemplo más claro, tanto del hecho en sí, como del auxilio divino en un peligro presente: **Respondió el rey diciendo: he aquí que yo veo cuatro hombres desatados y paseando en medio del fuego y nada de daño en ellos, y la apariencia del cuarto es semejante a la de un hijo de Dios** (Dan 3,92 [Vlg.]).

Finalmente, el fuego como lugar significa, a veces, la seguridad y la firmeza misma de la protección divina, que Dios, por medio del profeta, había prometido a su pueblo: **Yo seré para ella, dice el Señor, una muralla de fuego a su alrededor, y en gloria estaré en medio de ella** (Zac 2,5).